

Ana María Sánchez Mora

Dirección General de Divulgación de la
Ciencia. Universidad Nacional Autónoma de
México●

Todos los divulgadores somos iguales (pero hay unos más iguales que otros)

Me ha de perdonar el amable lector si comienzo por una de las frases más explotadas de la historia mundial de los epígrafes, pero su sintética ironía la hace perfecta para esta pequeña reflexión sobre la divulgación de la ciencia.

Así como Orwell puso el dedo en la llaga del falso igualitarismo criticando el sistema socialista, a todos nos disgusta saber que el discurso igualitario (ya venga de lo religioso, lo político o lo gremial) puede ser sólo un fingimiento que aplaca conciencias y que gracias a su disfraz de bondad permite que el *statu quo* continúe. Sin embargo, cuando una voz señala alguna desigualdad, por ejemplo de género, de inteligencia o de desempeño, es atacada sin piedad, porque todos somos iguales. ¿No es así?

En nuestro idioma, aunque sean sinónimos, “diferencia” no es lo mismo que “desigualdad”. Reconocemos como diferencia la circunstancia de ser una cosa distinta de otra. Una desigualdad apunta a la parte de una cosa que es distinta de lo que la rodea, pero también denota injusticia, falta de equidad; y la equidad es la cualidad de un trato en que ninguna de las partes sale injustamente mejorada en perjuicio de otra.

En los años sesenta mi padre viajó a la Unión Soviética. Tenía la oportunidad de vivir de cerca el maravilloso sistema donde no había diferencias y por tanto no había desigualdades; un paraíso, además, donde la cultura artística no era para una élite, sino para el pueblo. A su regreso nos contó la anécdota del famoso director de orquesta soviético que, al enterarse de que su sueldo era semejante al de la afanadora del teatro, tomó la escoba y le pidió que ella dirigiera esa noche la orquesta, ya que se sentía cansado; con tanta igualdad, los trabajos debían ser intercambiables. Un

magnífico ejemplo de la confusión entre diferencia y desigualdad.

Un ejemplo semejante pero más actual es el del feminismo. Cuando las feministas decimos que somos iguales que los hombres, estamos mintiendo (y agrediéndonos). Lo que queremos decir es que aunque seamos diferentes, eso no implica un trato desigual en el sentido de injusto. La corrección política, hija dilecta del neoliberalismo (y aparentemente sin nada que ver con el socialismo), nos ha creado confusión. Aceptar que los seres humanos somos distintos aunque igualmente respetables y valiosos no es una petición novedosa. Es el sentido común de la decencia humana.

Nuestro gremio, el de los divulgadores, ha hecho de la igualdad uno de sus más caros estandartes. Son iguales quien escribe un artículo y quien lo edita; el que escribe un guión y el que lo filma; el que idea una exposición y los que la montan. **Todos** somos divulgadores. Pero hemos confundido los matices.

Hace algunos años, en la ya famosa obra de John Brockman *La tercera cultura*, apareció una entrevista a Richard Dawkins, uno de los divulgadores más famosos de nuestro tiempo. Un párrafo notable, donde hace referencia a otro gigante de la divulgación, es el que traduzco en seguida: “[Stephen Jay] Gould y yo no somos simplemente divulgadores. Nuestras ideas de hecho influyen y cambian la vida de la gente –cambian la forma de pensar de otros científicos, los hacen pensar de modo diferente, constructivo–. Hay una tendencia a minimizar la divulgación. Yo no quisiera usar la palabra “divulgador” para ninguno de los dos. Es difícil trazar límites entre lo creativo y lo divulgativo. Me gusta considerarme una fuerza creativa en este campo. Esto difiere

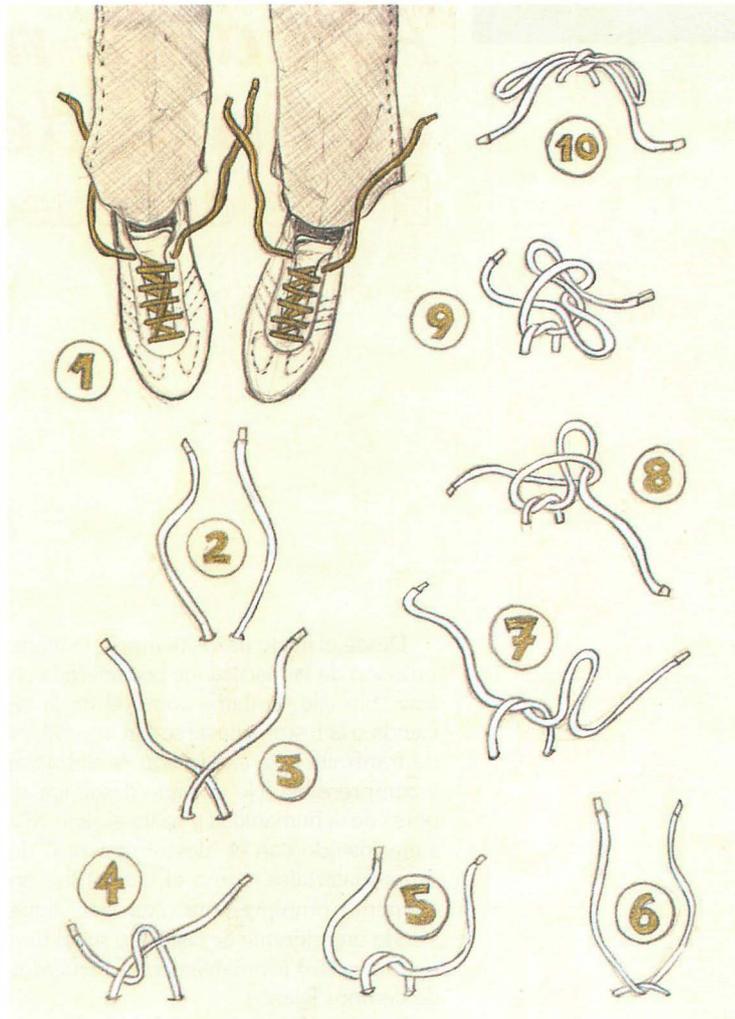
de informar –escribir un libro que explique la ortodoxia existente de modo que la gente la pueda comprender–. Eso no es lo que hacemos. Nosotros hacemos algo creativo: cambiamos la mentalidad de la gente”.

Tras una primera lectura, la indignación recorre nuestras arterias. Lo que dice Dawkins se aproxima a uno de los peores pecados: la inmodestia. “¿Cambiar la vida y la mentalidad de la gente? Ni que fuera Darwin”, pensamos. En un mundo donde la gran mayoría de las personas desconocen los mínimos rudimentos de ciencia, parece hasta cruel rebajar la tarea de informar y explicar. La falta de modestia y la insensibilidad social nos resultan tan agresivas, que nuestra mente de inmediato busca en sus recovecos la forma de demeritar la obra que otrora consideramos que... cambió nuestra mentalidad y nuestra vida. La obra cumbre de Dawkins, *El gen egoísta*, es tanto o más citada que cualquier obra científica que trate del mismo tema, y es una fuente inagotable de inspiración en ámbitos no sólo científicos.

Nos debatimos entre el rechazo a la presunción y el reconocimiento a la verdad de lo que dice Dawkins: hay divulgadores que informan y hay divulgadores que inspiran.

Para Dawkins, informar no es una actividad creativa. Eso significa que informarle a la gente que la corteza terrestre está partida en pedazos que se llaman placas tectónicas, o que gorilas y humanos descendemos de un ancestro común, o que los electrones son indivisibles, o en el caso de menor inventiva, que las arañas tienen ocho patas, es una actividad exenta de imaginación, nada original. Nos limitamos a repetir, claro que en palabras llanas, lo que otros descubren.

El divulgador no sólo debe parecer modesto, sino que debe serlo. Ha de saber que es tan solo un intermediario entre los científicos y el pueblo. No crea conocimiento nuevo, por un lado, y por otro, sirve a los ciudadanos en sus preocupaciones, intereses y anhelos democráticos. Si bien algunos reconocen en la divulgación una voz libre en el sentido de crítica y original, no hace falta repetir que nuestra materia prima es la ciencia, y que a ella (y al público, por supuesto) debemos nuestra razón de ser. Pretender que hacemos algo tanto o más valioso que los científicos, es de una soberbia detestable. Claro que esto último lo dicen los científicos y algunos políticos que no entienden qué es la divulgación. (Y no hay que olvidar que Dawkins es un científico, lo que le da una ventaja doble: un claro ejemplo de inequidad.)



Cortesía de Ruth Valencia

Así pues, ¿puede sostenerse que Dawkins es divulgador, igual que todos nosotros, pero más “igual” que el resto?

Es necesario aceptar que hay divulgadores que escriben, otros que filman y otros más que apoyan el trabajo museístico o editorial, y que todos son importantes, como lo son los científicos que crean conocimiento. No por ello hay que olvidar que, en distintas escalas, hay unos divulgadores que informan y explican y otros que llegan a cambiar nuestra manera de pensar. Quisiera añadir que, aunque modestamente, aspiro a cambiarla un poco, porque espero que mi aporte, sea un artículo o una mampara bien colocada, le significará algo a mi público.

Extrapolando la anécdota podríamos decir que los montadores de exposiciones, los escritores de guiones y los conferencistas para públicos infantiles no suelen ser intercambiables. Somos iguales, sí, en el sentido humanista de la palabra, pero hacemos trabajos diferentes y requerimos dotes y conocimientos diferentes. Éste es un reconocimiento a la igualdad dentro de la inevitable diferencia en el variado mundo de la divulgación. ◀▶